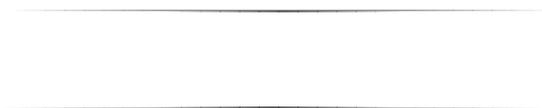
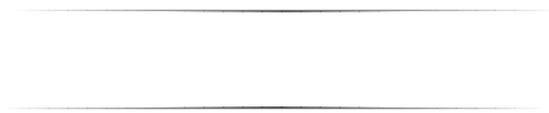


El lugar que
pertenece.

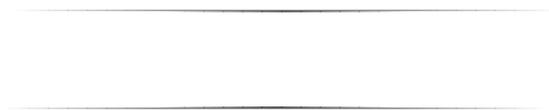




El lugar que pertenece.

Roberto García G.

Autor: Roberto García
Diseño: Foto- Rufino García 1980
ISBN: 9789403777023
© Roberto García
Impreso en España.





A mi hermano Yago...

'Por favor, espérame'.

*'Hay tantas cosas que
nos hemos perdido juntos'*

He decidido escribir este relato

porque me he dado cuenta de que las cosas más importantes en la vida son la familia los amigos y las vivencias. Lo material es superfluo y tal vez me di cuenta tarde, nada se va con nosotros al fallecer. Puede que solo nos acompañe el amor que nos dio la vida y el entregado a las personas que te quieren. La vida en su más sencilla faceta nos impregna el alma y la mente y nos hace ser quienes somos. Las personas que te hacen mal también forman parte de las vivencias de cada uno, pero a estos mejor olvidarlos y seguir adelante.

Dedico este libro a mi madre y a mis abuelos maternos, pero no quiero dejar en el olvido la labor de mi padre y el apoyo de mis hermanos y aquellas personas que de alguna manera configuraron mi forma de ser. Agradezco a mis abuelos paternos que hicieran todo lo posible por mantener la esencia de sus vidas en el nacimiento de los suyos a pesar de las penurias de la pobreza y la guerra.

En la portada de este libro hay una imagen que quiere proyectarse sobre la foto original. Es mi padre. Él tomó la instantánea en 1980 donde el hijo del dueño del edificio, el señor Alejandro y yo hacemos presencia.

La conciencia

dejándose llevar.
Mis primeras páginas.



No soy real. Soy el producto de la imaginación de algo más grande que yo. Sin embargo, nunca debes dar por hecho nada de lo que te digan, y mucho menos si está escrito en un papel (porque, seamos honestos, a veces el papel puede ser muy engañoso). A pesar de todo, espero que puedas creer que en mi vida jamás había tenido la oportunidad de comenzar una historia. Pero aquí estoy, desafiando las probabilidades. Es curioso, pero creo que la razón por la que no había comenzado antes es porque, en mi interior, nunca me he sentido capaz de hacerlo. Cada vez que intento escribir algo, mi mente se convierte en una olla a presión de ideas que no sé por dónde agarrar. Es como si mi cerebro organizara una fiesta y yo no supiera a quién invitar. Este relato no lo escribí del tirón, no tengo tantas habilidades como para hacer algo tan grandioso como plasmar por escrito lo que mi personaje ha vivido durante todos estos años. Pero, perdona, no me he presentado. Me llaman Bob, y hoy es domingo. En este momento, estoy a las puertas de un examen que me tiene más nervioso que un gato en una tienda de vidrios. Y en vez de concentrarme, pues no, la concentración se me escapa y me paso el día soñando despierto, dibujando en mi mente lugares hermosos donde podría estar, rodeado de valles, ríos, praderas y montañas. Ahí es donde todo se vuelve menos violento a mi alrededor y me sumerjo en un

mundo de paz y tranquilidad, un mundo que, seamos sinceros, no estoy acostumbrado a ver.

Mi vida es como una montaña rusa. Llena de altibajos, pero cuando esas ideas brillantes aparecen, dejo de pensar en los estudios y en la importancia de labrarme un buen futuro. Esos lugares en mi mente son como lagunas donde me refugio del estrés, recordándome que la vida, a pesar de sus desafíos, también puede ser un viaje maravilloso. Antes que nada, me gustaría decirles que, para evitar cualquier malentendido, todos los personajes de esta historia son ficticios. Sin embargo, la esencia de lo que comparto aquí es muy real. La vida está llena de oportunidades, incluso cuando parecen inalcanzables. Así que, te invito a que no te rindas, a que, al igual que yo, desafíes las probabilidades y te sumerjas en este relato hasta el final. La historia de tu vida está en tus manos, y cada día es una nueva página que puedes llenar con tus sueños, tus esperanzas y tus logros. ¡Adelante! Voy a repetir que ninguno de los personajes de este libro es real. Si coinciden con nombres de personas que conoces, es pura casualidad, o como dirían los sabios, un mero producto del azar. ¡Así que no me eches la culpa si tropiezas con alguien que se cree que está descrito en este relato!

He tenido la suerte de viajar al sur de la Patagonia austral, y creo que esos ríos y montañas son los que dejan mi alma perpleja. La verdad es que todo se ve

más sencillo cuando observas en otros lugares y en otras personas atisbos de felicidad, sosiego y paz.

Supongo que ya has notado que no soy una persona muy segura de sí misma. Nunca me siento capaz de hacer nada importante, y es curioso que algunos de mis amigos busquen fortuna en el dinero y las mujeres. Ellos son personas con autoestima muy alta. A primera vista, parece una buena manera de encontrar la felicidad. Incluso yo he seguido ese camino y a pesar de que es un patrón que muchos hombres seguros de sí mismos han seguido, a decir verdad, a mi particularmente me crea un trauma más molesto que una picadura de mosquito en medio de la noche. A veces me pregunto si estoy tomando el camino correcto. Me debato entre ser un vagabundo o ser un tipo sedentario, que es la tendencia del mundo moderno, y mientras en mis sueños veo paisajes llenos de verdor, grandes bosques cubiertos de escarcha, y una fauna tan variada que me hace cuestionar mi propia existencia. ¿Y por qué me hace cuestionar mi propia razón el hecho de existir? Pues simplemente porque mi ego se ve derrotado por la inmensidad de la naturaleza y al formar parte de ella me siento pequeñito. Claro que al despertar de esta ensoñación siempre me digo: "¡Bueno, ¡qué más da!" La mayoría de mis pensamientos y proyectos se desvanecen como el cuerpo abatido de un guerrero que ha perdido su espada en la batalla, entre los innumerables cuerpos esparcidos sobre el terreno sin

identidad. Creo que esto es porque algo le ocurre a mi lenguaje. Siempre confundo las palabras, no escribo nada bien, y teniendo en cuenta que estoy en la universidad, debería tener un nivel decente, como mínimo, para expresarme. Me pregunto si la falta de palabras para decir lo que siento se debe a que estoy más perdido que un pez en un desierto, o de forma más casual, más perdido que el Wally. ¿Se debe esto a mi escaso nivel cultural? ¿he heredado estas inseguridades en mi ADN? La prueba más evidente de que algo me pasa se refleja en mis notas. No termino nada, dejo todo a la mitad, y esto me tiene realmente frustrado y hasta enfadado conmigo mismo. A veces me siento como un extraterrestre en un mundo que no entiendo. Lo peor de todo y lo que más me molesta, es que rara vez recibo reconocimiento por esos pequeños logros que he conseguido a lo largo de los años. Mi padre asegura que todo lo que soy es producto de su inversión económica. Según él, nada de lo que he logrado se debe a mi esfuerzo, sino a su determinación de que me convierta en un hombre de provecho. Siempre me dice que se esfuerza por darme un futuro mejor, una estabilidad, ya sabes, todo ese tipo de tonterías que los padres dicen a sus hijos. Lo peor es que no me lo creo. Si fuera así, no estaría trabajando tantas horas detrás de la barra de un bar, soportando a borrachos que se auto compadecen.

Y a todo esto, mis padres no tienen estudios, y aunque económicamente están bien y me han dado

casi todo, siempre se nota que les falta esa chispa que se necesita para cultivarse y adquirir una buena educación. Las cosas del alma no se compran con dinero, y desde mi infancia nunca hubo interés en que mis hermanos o yo sacáramos buenas notas o, al menos, aprobáramos. Simplemente, daba igual. Por suerte o por designio divino puedo decir que mi madre se volcó un poco más que mi padre por esto de centrarse en los estudios y en sacar buenas notas, gracias a Dios. De hecho, mi hermana logró ser profesora, así que algo bueno salió de este lío.

Mis padres nunca tuvieron la oportunidad de sentarse en un pupitre y escuchar a alguien dar explicaciones sobre literatura, filosofía, matemáticas o historia. No puedo imaginar a mi padre, con la poca paciencia que tiene, recibiendo lecciones de otra persona, si hay algo que él odia es sentirse menos que nadie. Es cierto que económicamente están bien y no han escatimado en lo que respecta a ofrecernos lo mejor, si tenemos en cuenta que lo mejor es la ropa de marca más moderna, los juguetes más chulos etc. De hecho, son buenas personas. Pero también es verdad que nunca existió esa chispa que hace falta para cultivarse y adquirir una buena educación. Pero no les culpo. Para ellos, lo importante era saber trabajar, aprender a defenderse en la jungla del día a día, con la lucha por la supervivencia en un mundo lleno de engaños, picaresca, perspicacia y todo este tipo de experiencias que, en mi opinión, un niño no

debería aprender tan pronto. Mi madre se interesó un poco más por los estudios y las notas como ya dije. Y tal vez ese pequeño empujón dio algo de fruto porque si no, no creo que pudiera tener las mínimas habilidades para escribir como estoy haciendo ahora. Cuando pienso en todo esto y en las circunstancias de mi vida, me entran unas ganas increíbles de abandonarlo todo y marcharme de Canarias.

Me encantaría explorar otros lugares del mundo, e incluso, ¿por qué no?, otros mundos. Se dice que cuando uno está fuera, aprende mucho de otras culturas y que las nuevas experiencias te hacen madurar. Además, casi toda la gente que vive en esta isla siempre tiende a pensar que todo lo que hay fuera es mucho mejor. Yo personalmente creo que es cierto. Que este país es muy inquisitorial, demasiado conservador y hasta diría que pobre si lo comparamos con los anglosajones. Cierto que tenemos mejor clima y la envidiable siesta española, pero uno llega a aburrirse del hecho de observar tanta pobreza, prejuicios y servidumbre.

Lo de estar en otros mundos es más fácil, simplemente tienes que agarrar un buen libro y ya está. Sin embargo, mentiría si dijera que no creo que vivir fuera de aquí me daría la felicidad. Conocí muchos canarios que se marcharon y al formar una familia extranjera se sintieron presos de su situación y de no poder regresar. De todas formas, soy de los que piensa que hay que salir. Lo que no entiendo es por

qué no destrozo este caparazón de una vez por todas. Y cuando digo con todo es con todo. Mentiría si dijera que no estoy muy cómodo viviendo aquí; creo que es por el clima. Este lugar parece atarte con fuerza.

Un día sabré escribir bien, un día podré leer entre líneas, y estoy seguro de que para entonces ya habré visto suficiente mundo. Eso no significa que quiera ser un gran escritor; al contrario, soy un personaje vocacional que evidentemente está intentando transmitir lo que siente y lo que ha vivido. Lo más divertido es que tú, como lector, estarás confundido y no sabrás si esto es una biografía o un extraño papanatas que siente lo mismo que muchos chicos de su edad y que crea una historia basada en anécdotas de su insignificante vida. Todos los jóvenes tenemos una fuerza interior que nos empuja hacia adelante, yo lo llamaría de forma vulgar 'rabia'. Algunos canalizan su rabia y sacan el mejor partido a ese empuje natural innato en todos los seres. Para los que corren con suerte, su rabia se canaliza de la forma adecuada y se convierte en algo maravilloso en sus vidas.

Desafortunadamente, me temo que mi rabia no se transformará en virtud, pero es un gran paso sentarse aquí a aprender a vivir con mis propios errores, y creo que no hay mejor forma de verlos que escribiendo sobre ellos. Yo soy en realidad la marioneta del lector, y seguramente si naciste en los ochenta, muchas de las anécdotas que aquí se describen podrían ser vivencias similares a las tuyas. Igual las profesiones de

todos no fueron las mismas pero las penurias, el empuje y la rabia que todos tenían para salir adelante seguro que sí.

En el caso de mis padres puedo decir que trabajaron duro durante muchísimos años, le echaron muchísimas horas todo el día en un pequeño bar del que han sacado todo el provecho posible. Más de cincuenta años. ¿Quién lo diría? Comenzaron vendiendo bocadillos y refrescos en un pequeño quiosco, que con el tiempo se fue transformando en un restaurante, y muy recientemente, en una cafetería. Mi madre estaba embarazada de mí cuando empezó a elaborar platos para los clientes. Pasaba horas en la cocina mientras que el amor de su vida atendía la barra, aunque, cabe destacar que mi padre siempre fue cocinero. Al parecer, fueron tiempos difíciles en los que no podían permitirse el lujo de descansar. Cuando nació, las cosas no habían cambiado mucho. En la jornada laboral, mi madre me dejaba en el cuarto de las botellas y de las neveras, en un cesto tapado con algunas sábanas que dejaba un poco retiradas para que pudiera respirar y que los mosquitos no me comieran. Cuando no había mucho lío en la cocina, mi madre me echaba un vistazo para ver cómo estaba. Generalmente, dormía plácidamente, o estaba maravillado con el color de las cajas de cervezas y refrescos, o tal vez con el ruido de las neveras o el siniestro techo del almacén que tenía un color verde hospital horroroso. En aquel entonces, las

infraestructuras urbanísticas eran un desastre; no había carreteras de asfalto y los puentes peatonales que cruzaban la pista principal que conectaba Las Palmas con el sur de la isla eran de hierro oxidado. El alcantarillado apenas estaba acabado, y si alguien viera una fotografía de la época diría que era un barrio de algún pueblo de África. Bueno, el caso es que mis padres comenzaron a trabajar juntos en aquel lugar en 1974, y yo nací un año después.



Tres años más tarde nació mi hermano y, por último, mi hermana Guacimara.

Los primeros edificios que se construyeron en este lugar del que hablo se fabricaron precisamente para los trabajadores que se desplazaron del campo a la zona industrial que en ese momento se estaba gestando en el barrio de Las Huelas. La Disa, un enorme entramado de hangares repletos de gas y petróleo que surte combustible a la capital a través de kilométricas tuberías y enganches de algún tipo fue el impulsor de las primeras viviendas en del barrio. Hoy en día sigue siendo un punto importante de recepción de butano y crudo. Tiene un pequeño puerto donde los barcos vienen a descargar esta materia prima, y cuando hay algún escape, el olor es insoportable. El barcito del que salió todo el beneficio que hoy disfrutamos se encontraba muy cerca de la única

carretera que conectaba con el sur de la isla, en unas condiciones más o menos buenas, y por eso, pronto se convirtió en una mina de ingresos. Tras la muerte de Franco en 1975, una pequeña luz se divisaba al final del túnel. Parecía que el comercio en la isla crecía y la llegada de turistas aumentaba exponencialmente. Los sectores de la construcción y la hostelería se expandían como la peste por todo el sur. Hasta ese momento, la gente subsistía exclusivamente de la plantación de tomates, plataneras y flores. Claveles. Mi abuela plantaba claveles. No todo en la época de Franco era malo, aunque está claro que según quien cuente la historia se inclinará por una opinión positiva o negativa. Yo no viví esa época, pero los coletazos que dejó el régimen no me parecen tan absurdos. Es decir, quedó impregnado todo de respeto a la autoridad, a los profesores, a los padres, a los abuelos. Recuerdo rezar varios padres nuestros antes de comenzar la clase, bajar la silla que dejábamos sobre la mesa cada vez que terminaba el día escolar. Jamás se vio un insulto a los abuelos sin que esto no tuviera una respuesta dura. Los profesores eran venerados y respetados por los padres de los alumnos. Faltar el respeto a un profesor era como faltárselo a tu propio padre y esto tenía un doble castigo. Algún tirón de oreja me llevé y algún tirón de pelo también. Los profes, si nos veían distraídos nos lanzaban hasta las llaves si hacía falta. Alguno hasta utilizaba una pelota de tenis. Hoy día me temo que es muy triste ver como

la tan llamada libertad permite el agravio a los padres, a los profesores, a los amigos etc.

Se vivía en pequeñas cuarterías, esperando la jornada del día siguiente y jugando con piedras porque no había todos esos cacharros tecnológicos que tenemos hoy. Ni móviles, ni plataformas digitales, ni nada de eso. Como iba diciendo, el bar era un paraíso del beneficio, ya que la mayoría de la gente estaba abandonando el campo para trabajar en la zona en auge, y la manera más rápida era pasar por aquí, por este barrio que hoy en día es enorme. Los obreros paraban a todas horas a tomar café, a desayunar, a tapear, a almorzar, a merendar y vuelta a tapear.

Pero mi padre no era de la zona sino de las montañas. Mi querido padre nació en el norte de la isla de Gran Canaria, en un lejano monte llamado Caideros de Gáldar, cerca de Juncalillo. Allí se crio junto a doce hermanos bajo el amparo de la madre naturaleza, porque la única ayuda que podían tener era la de sus propias manos para trabajar la tierra y sacar a la familia adelante. Muy de vez en cuando, mi padre, en alguna que otra tertulia con amigos, recuerda su infancia en ese lugar. Cuenta que era un sitio precioso y muy verde, digo que era, porque las cosas han cambiado mucho desde entonces. Ya no llueve tanto, y con la democracia muchas cosas han sido sustituidas por otras supuestamente para mejorar. Todo ha cambiado. La educación, lo primero.

Mi padre se jacta mucho de su lugar de origen. Me ha contado que a veces, en casi toda la isla, se pasaba hasta cinco meses lloviendo sin parar y que las presas estaban a tope de agua. La verdad, teniendo en cuenta lo seco que está todo, cuesta creerle. Pero es verdad que hay fotos del barranco Guinguada llevando mucha agua y esto sólo puede significar una cosa, que llovía bastante. Él solía cuidar de las cabras, y desde muy joven vivió lo duro que es salir adelante en el campo. Insistentemente cuenta anécdotas de su padre, mi abuelo. Dice que fue un hombre muy duro e inteligente, conocido por su seriedad y su tozudez, y que salvó la vida en la guerra contra los rojos de la república de una manera rocambolesca. Lo destinaron en la Batalla del Ebro. Allí en realidad tenía amigos a ambos bandos de la línea de fuego. Algunas de sus amistades le convencieron para que luchara contra Franco y al terminar la contienda mi abuelo fue detenido y enviado a canarias. Le podrían haber fusilado allí mismo por traición, pero alegó que había sido secuestrado. Es de conocimiento público que aquí en las islas Canarias, la guerra civil se vivió de una forma bien distinta que en la península. Aquí, la gente se codeaba mucho, y muchas personas que se señalaban con el dedo por ser republicanas o partidarias de Franco eran amigos, primos unidos por la sangre que llegaron a traicionarse y delatarse entre sí simplemente por su forma de pensar. La ignorancia es un arma de doble filo. Mi padre aprendió a leer